

LA CRISIS DEMOCRÁTICA Carisma y Neopopulismo

Alexandre Dorna

Universidad de Caen. Francia

RESUMEN

La crisis de la sociedad democrática contemporánea juega un papel importante en el renacimiento de los movimientos populistas y neo-fascistas con liderazgos carismáticos. Una reflexión sobre el resurgimiento de estos fenómenos en Europa ilustra esta afirmación. La situación que atraviesa México puede inspirar nuevas hipótesis y confirmar otras. Otros casos, Chile y Venezuela, ofrecen un terreno de observación similar tanto como la problemática europea en Francia, Bélgica o Austria.

ABSTRACT

The crisis of contemporary democratic society plays an important role in the return of the neofascist and populist movements with charismatic leadership. A consideration of the resurgence of these phenomena in Europe illustrates this affirmation. The situation in Mexico can inspire new hypotheses and confirm others. Other cases, Chile and Venezuela, offer a ground of similar observation, as much as the European conditions in France, Belgium or Austria.

Key words: charismatic leadership, neopopulism, contemporary democracy

Introducción

El punto de partida de nuestro trabajo consiste en observar, aquí y allá, el resurgimiento de movimientos populistas. Sabemos (Dorna, 1999) que históricamente el populismo se presenta al mismo tiempo como una respuesta política a una situación de crisis institucional y como una alternativa ideológica. La pregunta que hacemos y que justifica este trabajo consiste en plantear la necesidad de una descripción operacional de este fenómeno y en proponer algunas pistas de interpretación a la luz de los acontecimientos contemporáneos.

Para entrar en materia nada mejor que proyectar lo que actualmente esta ocurriendo en materia de neopopulismo delante de nuestra vista a través las

imágenes difundidas por la televisión y la prensa escrita como una gran caja de resonancia.

Es necesario dar algunos ejemplos, aunque el alcance mundial del fenómeno nos impide mencionar y recordar todos. Hacemos la apuesta que todos lograrán identificar el fenómeno populista como una fuerza emergente en relación a su propia experiencia política y a su propio país. En términos prácticos es la prueba de la pertinencia de nuestros interrogantes.

En los últimos meses, distintos fenómenos populistas han alimentado los comentarios de la prensa y las imágenes de la televisión. Un ejemplo reciente es la elección de Silvio Berlusconi en Italia.

Otro hecho, bastante insólito, son los resultados electorales en Bulgaria donde el partido de Simeon II (rey sin trono, que declara desear respetar las instituciones democráticas) ha ganado las elecciones y se dispone a constituir un gobierno que sustituye a los antiguos dirigentes comunistas.

Hace un año, en México, la victoria de Vicente Fox fue la prueba de fuego de un nuevo populismo de corte carismático. A esto se añade, en el contexto mexicano, la existencia de otro fenómeno del mismo tipo, sin por ello pretender hacer una amalgama, en la persona del Comandante Marcos y el EZLN.

En Venezuela, la irrupción de una figura populista y carismática, como la de Hugo Chavez en 1992, se transformó en una victoria anunciada cuando fue elegido por un segundo periodo hace poco tiempo.

Y la lista es larga. Cada país puede identificar sus propios fenómenos populistas del momento. A la escala mundial forman una enorme, extraña y confusa legión extranjera donde bajo características formales semejantes se expresan figuras muy dispares y emociones contradictorias.

Pero más importante aún, es el hecho de que el populismo ha dejado de ser un simple epifenómeno efímero y sin grandes consecuencias. Se trata de un fenómeno lento y progresivo que podríamos denominar el retorno del populismo carismático en el seno de la sociedad civil. En efecto, una observación sagaz de los acontecimientos sociales actuales muestra que la acción política, en el sentido ciudadano del término, se desplaza progresivamente desde las instituciones modernas (democracia representativa, partidos, parlamento y gobierno) hacia los sectores asociativos y los lugares extra-institucionales, que general suele llamarse la sociedad civil.

Si los partidos políticos canalizan cada vez menos los potenciales de renovación de la acción social y política, su papel es duramente contestado y criticado. Las figuras y representantes de la clase política pierden credibilidad y los procesos electorales se muestran cada vez menos motivadores: el abstencionismo es generalizado y masivo.

Dentro de ese contexto no es raro que aquí y allá, en el seno de la sociedad civil, se manifiesten una serie de líderes emergentes de tipo carismático. De hecho, no hay grupo estructurado, en este momento, que no muestre la aparición de estos líderes. Algunos logran traspasar los muros de la indiferencia y de la incomunicación de sus respectivas micro-organizaciones. La prensa y la televisión ofrecen parcialmente y de manera fragmentada la presencia de estos nuevos agentes de opinión. Se trata de un fenómeno de atomización política. Toda la sociedad se balkaniza en múltiples *micro-comunidades*, que generan sus estructuras de liderazgo y expresan sus intereses locales. Se trata de un *síndrome micro-carismático*, que recuerda la descripción del concepto de anomia, propuesto por Durkheim, pero que atendiendo a su generalización llega a ser una atomización de masas. En este sentido, podemos afirmar tres hechos básicos:

Primero, el populismo reaparece en estos últimos años bajo formas diversas y en países muy diferentes, pero dos rasgos importantes saltan a la vista: la presencia de líderes carismáticos y la hábil utilización de los medios de comunicación, especialmente la TV.

Segundo, aunque ciertos sociólogos persisten en ligar el populismo a los países del tercer mundo, la realidad actual muestra que ese fenómeno está adquiriendo una envergadura mundial. La presencia de un populismo europeo e incluso norteamericano no es nueva, pero su retorno a partir de los años 80 marca un giro importante.

Tercero, la historia del populismo es una sucesión de historias singulares. Hay un mosaico fragmentado de interpretaciones y ninguna teoría ha logrado integrar las diversas interpretaciones. Una posible explicación se encuentra en las amalgamas ideológicas y las polémicas partidistas que han oscurecido su análisis. Para muestra un elemento cuyo peso emocional contribuye a perturbar los juicios: equiparar populismo y fascismo.

De estas constataciones surge una pregunta que deseamos plantear: ¿es posible una unidad de análisis psicopolítica para estudiar los fenómenos populistas?.

La primera tarea consiste en buscar algunos criterios capaces de identificar los contenidos de la noción de populismo y luego juzgar su papel dentro del proceso de crisis, que vive la democracia representativa contemporánea.

El concepto de populismo y sus ambigüedades semánticas

En los hechos casi todo el mundo tiene una opinión y cree saber lo que es el populismo. Pero pocos son los que se aventuran a definirlo de manera

precisa, pues los niveles de explicación se mezclan sin cesar: los aspectos ideológicos se enmascaran a través de términos mentales, mientras que los elementos sociológicos ocultan los fundamentos emocionales. En la práctica existe una especie de consenso académico que hace del populismo un enigma político. Su presencia resulta tan insólita y vaga que Canovan (1982), una especialista en el tema, declara su impotencia y sugiere abandonar la pretensión de elaborar una teoría explicativa general.

¿De dónde surge esta dificultad para captar la esencia del populismo?

Probablemente del viejo y cartesiano hábito de desvincular lo racional de lo emocional y, al mismo tiempo, de separar los datos cuantitativos de sus fuentes cualitativas. Sin olvidar una fuerte dosis de prejuicios ideológicos que con el paso del tiempo se han consolidado y son difíciles de erradicar. Y sobre todo hay que recordar que la noción de populismo se establece a partir de una aglomeración de distintas experiencias culturales: rusa, americana, europea, latinoamericana, asiática, etc.

Sin embargo, la etimología tiene la virtud de remitirnos a sus raíces comunes. La fuente de origen se encuentra en torno al término “pueblo”. Figura lingüística polifónica, enigmática que designa al mismo tiempo un conglomerado de hombres y su lugar de residencia.

La tradición greca y latina de la noción de pueblo recubre dos sentidos cuyas connotaciones específicas aumentan la ambigüedad y los equívocos. Por un lado está el *demos* de los griegos que expresa la idea de ciudadano. Por otro, la noción de *populus*, que suena mucho más plebeya, y muestra la carga afectiva de la profunda diferencia de clases existente bajo el imperio romano. Mientras que la primera tiene un significado noble e igualitario, que encarna la unidad esperada y la forma estética de la voluntad general, la segunda representa algo vil y negativo, que en la época moderna alude peyorativamente al populacho; las masas ignorantes y las multitudes sin control, que hacen temblar a los poderosos y difunden el pánico entre las gentes honestas y el orden establecido.

¿Qué podemos entender del populismo en sus manifestaciones modernas?

No es extraño que sea la literatura del siglo XIX la que proporcione un abigarrado conjunto de imágenes ambiguas sobre la cuestión populista. Una legión heterogénea de pensadores y literatos han dejado una huella perdurable de la fascinación del misterio de las masas y del populismo: Hugo, Michelet, Blanqui, Zola, Turgeniev, London, etc. La propia experiencia de estos personajes está inundada de un gran sentimiento de decepción. Todos lamentan la pérdida de valores humanistas y la instalación de un sistema

conformista, donde se mezclan la miseria y la explotación, la injusticia y el espíritu dogmático.

Quizás sea Victor Hugo, tachado de populista por desafiar con su pluma y su verbo la dictadura de Napoleón III, quien demuestre con más fuerza la ambigüedad inherente del populismo al preguntarse románticamente: qué es el pueblo.

Su respuesta es una fórmula retórica, "Pueblo quiere decir el hombre. El pueblo no es otra cosa que el hombre mezclado a sí mismo, cuyo resultado es la suma más grande y posible de inteligencia, de virtud, de razón, de fe y de amor. El objetivo de la civilización: que el pueblo sea pueblo y que el pueblo sea hombre". Independientemente de su carácter lírico, la interrogación de Victor Hugo logra comunicarnos las fuerzas que atraviesan el populismo: lo político, lo filosófico, lo psicológico, lo antropológico y su dimensión histórica y cultural.

Curiosamente, en esta evocación el pueblo no posee una forma concreta. El pueblo emerge como una figura alegórica, ideal y mítica. En este sentido, el populismo integra el imaginario y la práctica social. Es sobre todo un sentimiento, una actitud, una moral, un rechazo de la alienación del mundo industrial y de la fragmentación de la condición humana.

Y para nuestro propósito, la fórmula de Victor Hugo no deja de ser una tentativa de explicación que integra lo psicológico dentro de lo social y lo político. Todavía más, convierte lo psicológico en el nexo y la fuente.

¿Qué piensan los contemporáneos?

Un sociólogo experimentado como Touraine (1997) declara que "el populismo es la llamada de un líder a un pueblo contra los políticos y los intelectuales que los traicionan. Llamada al pueblo profundo contra los malos representantes; evocación de aquello que define y que une, contra lo que divide y el olvido de lo esencial".

Por otra parte, uno de los especialistas en los problemas ideológicos y simbólicos, Pessin (1992), plantea que el populismo es «un hecho colectivo, un saber social que no puede entenderse sin la dialéctica de lo consciente y del inconsciente colectivo». Y añade: "toda manipulación del aparato simbólico global es de hecho decisivo en la renovación o la transformación de las relaciones sociales, lugar estratégico y táctico entre grupos rivales"

Julliard (1997), historiador, intenta explicar la causa del populismo: "un divorcio doble está operándose delante de nuestros ojos, entre el pueblo y las elites; entre el pueblo y el progreso. Estamos entre dos cánceres rivales que se alimentan recíprocamente: el elitismo, es decir la democracia sin el pueblo y el populismo es decir el pueblo sin democracia".

En definitiva, unos y otros constatan el impacto del populismo, y la ausencia de una teoría general de la democracia representativa y de su crisis. De allí la tendencia a diagnosticar sus excesos y sus límites sin integrar claramente la dimensión psicológica de la política.

Algunos signos de reconocimiento

Frente al desconcierto conceptual que rodea la noción de populismo, la descripción de algunos signos de reconocimiento permite clarificar su perfil y detectar sus características comunes.

Es un hecho innegable que no hay política ni discurso, sin hacer referencia directa al pueblo. La democracia como forma de gobierno, cualquiera sea su forma, se funda en una soberanía ciudadana y popular.

El populismo se plantea como una variante política frente a las crisis de los gobiernos y las insuficiencias de las elites, sean gobiernos liberales o republicanos. Es un fenómeno eruptivo y efímero que refleja un momento de transición y tiende a expresarse casi siempre de manera estridente, sobre todo cuando su presencia coincide con una crisis generalizada de la sociedad en su conjunto.

En la mayoría de los casos se trata de una reacción de desesperación de las masas frente al inmovilismo y la incompetencia de una aristocracia de estado, que usurpa la soberanía popular, se instala en el poder y se reproduce de manera oligárquica. Los movimientos populistas no provocan los cambios, sino que los acompañan.

Probablemente, uno de los aspectos más perturbadores del populismo no es tanto su carácter efervescente, sino el fondo emocional que lo acompaña. Esta característica nos hace ver que el análisis sociológico debe completarse con la interpretación psicológica.

La asombrosa energía que anima el populismo y su(s) líder(es) se anida en la crítica escabrosa al statu-quo y al orden (inmóvil) establecido. De allí su aureola revolucionaria. Pero, una reflexión más sutil, muestra que la actitud populista representa más una sirena de alarma que una explosión, capaz de destruir todo a su paso. Se trata de una advertencia seria, generalmente sin gran peligro para las estructuras de poder. De hecho, el llamado al pueblo es una respuesta positiva ante las fuerzas centrífugas que amenazan la unidad de la nación.

Otro signo de reconocimiento es el hecho de que todo movimiento populista se encarna en un líder, que es visto como un hombre providencial, un salvador. Personaje eminentemente carismático, cuyo estilo personal marca la situación y la época. Su relación con el pueblo es directa, calurosa,

espontánea, hasta el punto de transformarse no sólo en su portavoz sino también en su símbolo vivo.

La dimensión psicológica del líder ocupa un lugar central del escenario y del espacio político. Su imagen y su acción es percibida como un anti-depresor social. Su palabra vincula un diagnóstico bastante ajustado de la realidad con una visión de esperanza emotiva. Y si todo carisma se funde en la retórica, raramente lo hace groseramente de manera demagógica. Verdaderamente, la emoción sobrepasa la razón. Y es posible hablar de una postura desproporcionada, pero en ningún caso de impostura.

Un elemento característico del populismo es su carácter pluriclasista. Si históricamente las experiencias populistas son diversas, ese rasgo a traviesa las situaciones y las épocas. La interpenetración de las clases sociales constituye la base de un movimiento que supera los antagonismos clásicos del enfrentamiento derecha-izquierda.

A diferencia de otros movimientos políticos (liberales, socialistas o fascistas), el populismo posee una ideología indefinida, vaga y en permanente construcción. Incluso cuando el populismo logra implantarse en el poder, su sello programático es un pragmatismo popular. La razón radica en su reclamo original, puesto que al dirigirse a todo el pueblo y expresarse contra la casta gobernante, sus reivindicaciones son simples y evocadoras; se produce una extraña mezcla de mitos fundadores de la colectividad en crisis y de las expectativas que las masas resienten. En este sentido, los líderes populistas son verdaderos catalizadores, que ofrecen al mismo tiempo una salida y una vuelta al equilibrio anterior a la crisis.

El populismo es fundamentalmente más un movimiento masas que un partido político, cuyas características corresponden perfectamente al concepto sociológico de *movimiento* introducido por algunos especialistas actuales como, entre otros, Tilly (1978), Alberoni (1994), Touraine (1982), Sabucedo (1996), Melucci (1999). En efecto, una de las constantes de los movimientos populista es su falta de un aparato organizaciones fuertemente estructurado. El único nexo sólido es el líder. No hay, prácticamente, niveles intermedios. Ciertamente con el tiempo algunas estructuras se harán visibles, pero aun así serán poco numerosas. Hay un "nosotros" que se identifica al hombre fuerte y conductor de masas.

Por último, es preciso clarificar un equívoco alimentado durante muchos años por fuerzas políticas diversas y antagónicas: el populismo no es un fascismo. Aunque algunos autores han pretendido vincularlos, (Germani, 1968; Taguieff, 1988) lo han hecho sin grandes fundamentos objetivos. Hay que recordar que los fascismos comparten la reivindicación de la nación como una manifestación racial, más que la cuestión de la identidad

nacional. Además, todos los fascismos establecen un poder estatal totalitario y un partido rígidamente estructurado. Cabe recordar también que los fascismos poseen una doctrina muy sofisticada y lógica del estado, donde reina el culto a la personalidad del jefe y la sacralización del poder personal, sin olvidar la disciplina militar y su jerarquía rígida que impone un orden de exclusión. Ninguno de estos rasgos se encuentra en los movimientos populistas.

La dinámica populista: la crisis como telón de fondo

La aparición del populismo está generalmente asociada a una situación de marasmo social y en un momento de crisis general de la sociedad. De hecho, las salidas de una crisis dependen en gran parte de la cultura de crisis de un pueblo, así como de la habilidad de sus dirigentes para evitar los extremos. Por eso algunas crisis perduran y se vuelven crónicas sin pasar de una situación *normal* a una extraordinaria, de la legalidad a la violencia, ni del *statu quo* a la ruptura.

El mecanismo principal de las dinámicas de crisis produce, en último extremo, la decepción de una realidad, que se aleja del modelo teórico que la fundamenta y las expectativas críticas comienzan a elaborar un nuevo modelo aun no estructurado, pero que re-introduce las esperanzas y los deseos de que ocurra algo diferente.

Las fases de las crisis de cambios políticos

Los procesos de crisis y de cambio presentan un ritmo y una psicología que podemos resumir en tres grandes fases. Estas fases pueden interrumpirse o tener un tiempo muy largo de incubación: la pre-crisis que puede ser larga; la fase de ruptura, generalmente rápida, y la fase post-crisis que abre un nuevo ciclo. Si en cada fase las manifestaciones psicológicas, sociológicas y políticas se entrecruzan hasta crear un clima global capaz de construir una percepción social, los actores (intelectuales, políticos, militares o religiosos) juegan papeles importantes y contradictorios según los periodos que no vamos a especificar aquí, pero que se deben tener en cuenta dentro de una teoría general de la crisis.

La fase pre-crisis se presenta de manera insinuante como un proceso psicológico, en el que se hace evidente la falta de confianza en los gobernantes y una gran dosis de conformismo político. Hay una percepción social de bloqueo y un malestar generalizado. Incertidumbre. Si los componentes de la crisis forman una alquimia difícil de comprender; sus raíces se

pierden en las insatisfacciones profundas del alma colectiva y en la acumulación de injusticias y frustraciones. La cohesión social se vuelve artificial, la decepción desestructura los lazos de identificación entre la masa y las elites, la gente pierde la ilusión de formar parte de una nación y la moral de grupo se pervierte. El futuro provoca temor. Y un sentimiento de vacío interior corroe el civismo, la duda reemplaza el entusiasmo y el individualismo se impone. Sin embargo, la masa mantiene una creencia fuerte en un retorno a los valores fundadores y espera que esas virtudes míticas se encarnen en una figura, que represente la esperanza. Debemos precisar que la esperanza puede encarnarse no solo en un hombre, pues la alternativa puede percibirse en un cierto tipo de organización política, religiosa, o militar.

En las sociedades modernas, la reacción populista se expresa en términos de una gran desilusión de la democracia representativa y de sus mandatarios. La crítica cubre el funcionamiento oligárquico, extraordinariamente bien descrito por Michels a comienzos de siglo, la corrupción de la vida política, la lucidez cínica de sus dirigentes, la demisión de sus intelectuales, la tecnocratización y la maquiavelización de los conflictos de poder.

El paso de la pre-crisis a la crisis propiamente dicha puede expresarse en términos de una pregunta que se hace poco a poco colectiva: ¿cómo eliminar la elite en el poder, sus atribuciones, sus hábitos, su cultura de poder, sus personajes más típicos, sus referencias ideológicas, sus privilegios...?.

La fase siguiente es la ruptura. Los indicios de ese paso son de tipo sociológico. Hay un conjunto inorganizado de reacciones violencias súbitas e inesperadas, un rechazo de los valores de orden y de convivencia ciudadana, la irrupción de lo emocional y el abandono de las formas racionales de discusión, manifestaciones de cólera, así como reivindicaciones sociales, económicas y cívicas y la aparición de nuevas figuras públicas de tipo carismático.

Los excesos del estallido de las crisis han sido descritos en muchas ocasiones. Hay un momento de revuelta y de espasmos acelerados, cuya violencia puede sobrepasar las causas inmediatas. El ritmo se acelera. La historia retoma su memoria. Una ola de irracionalidad puede originarse a partir de las manifestaciones de masas incontroladas. Las autoridades se muestran incapaces de mantener el orden y se enfrentan a un dilema político, especialmente en regímenes formalmente de democracia representativa: reprimir o dimitir. Un sentimiento de caos se apodera del aparato gubernamental. Hay rupturas en la unidad de gobierno y la búsqueda de una salida se vuelve urgente. Las figuras del poder y sus servidores son desplazadas y aquellas que han surgido durante las fases anteriores se aprestan a ocupar

los puestos claves. Dentro de una gran confusión un nuevo poder se establece sobre las ruinas simbólicas del antiguo, pero dentro de una estructura organizacional prácticamente intacta.

La crisis toca a su fin, al menos del ciclo comenzado con el fin de una gran crisis anterior. Hay un periodo de calma llamado *estado de gracia*. El poder muestra un nuevo rostro y una nueva forma. En muchos casos sus características son carismáticas. Un nuevo ciclo se abre: se vive al ritmo de la exaltación de un futuro prometedor, mientras que un sentimiento de desahogo se propaga en términos de nuevos símbolos políticos de cohesión.

Las salidas de las crisis populistas

Los detractores del populismo (intelectuales y políticos) fundan muchas de sus críticas en las consecuencias de la toma del poder por las figuras populistas y sobretodo carismáticas. El gran peligro es la dictadura. Sin embargo, a la luz de la historia, si ese riesgo es potencial la realidad muestra que obedece más bien a un reflejo a la vez conservador y fantasmagórico.

La propia naturaleza del populismo es una exigencia de la democracia participativa, cuando una elite acapara en su beneficio el poder de manera oligárquica. En muchos casos, la democracia representativa se ha transformado en una pantalla, que oculta un régimen aristocrático e incluso monárquico y que en todo caso se reproduce en términos oligárquicos. Debemos situar los movimientos populistas dentro de los contextos de crisis. Hay en esas situaciones una pérdida de identidad nacional y de cohesión social, la propia idea de estado-nación se debilita y a la larga amenaza con desaparecer. Así, independientemente de los juicios de valor personales que se puedan emitir, la reacción populista surge como una de barrera de contención, frente a lo que la psicología colectiva percibe como un atolladero.

Vale la pena recordar que contrariamente a los temores mil veces expresados por los miembros de las elites en el poder, los movimientos auténticamente populistas son transitorios. La historia contemporánea muestra (a condición de evitar las amalgamas con los movimientos totalitarios) que los movimientos populistas no han generado dictaduras, sino momentos de apertura que conducen a una democracia reformada y al cambio (al menos parcial) de las elites.

A fin de ilustrar este propósito, una rápida mención a las situaciones anteriores y posteriores a la presencia de los grandes movimientos populistas (ver Cuadros 1 y 2), puede clarificar los términos de la discusión.

Cuadro I

El antes y el después de los episodios populistas

Régimen «antes»	Experiencia populista	Régimen «después»
Zarismo absolutista	Rusia	Zarismo moderno
Democracia	U.S.A	Democracia
Militar	Argentina	Militar

Cuadro II

El antes y el después de los episodios populistas en Francia

Régimen «antes»	Experiencia populista	Régimen «después»
Democracia republicana	Napoléon III	Democracia republicana
Democracia republicana	Boulangier	Democracia republicana
Nacional-fascismo	De Gaulle (1945-47)	Democracia republicana
Democracia republicana	Poujade	Democracia republicana

Los cuadros presentados muestran a grandes rasgos la incidencia de los episodios populistas como momentos de transición. En cierta medida justifican el reconsiderar la significación política del populismo. Se trata de periodos más o menos cortos que restablecen, al menos en parte y simbóli-

camente en gran medida, la importancia del pueblo en los asuntos del poder. Pueden así interpretarse como momentos de maduración y/o de recuperación de la vida pública cuando el estado y los poderes se vuelven herméticos y la política atraviesa un periodo de frialdad emocional. Al combatir el statu quo y el conformismo, los movimientos populistas obligan a las elites a renovarse y crear las condiciones de algunas reformas necesarias para la modernización de la política y de la sociedad. Y contribuyen, así, a un re-equilibrio democrático.

Cuestión compleja y polémica, hoy en día pobremente analizada, pues toca directamente la base misma de la interpretación de la democracia y de la dictadura, sus antecedentes antiguos (griegos y romanos) y su transformación moderna. Si para los griegos la democracia es directa y sin intermediarios cuyo antónimo es la tiranía, para los romanos la dictadura es un asunto de circunstancia y de respuesta a un peligro público grave. Se trata de un momento especial que solo dura el momento de la crisis.

Elementos para una psicología del populismo y de la cuestión carismática

Nadie puede ignorar el alcance psicológico del populismo y, todavía más, si es acompañando por la presencia de un liderazgo carismático. Interpretar el populismo y el carisma como fenómenos mágicos surgidos ex nihilo es ilógico y las tentativas de generalización son imprudentes. Sin embargo, algunos mecanismos pueden ayudarnos a acercarnos a una explicación más objetiva.

Podemos decir que todo movimiento de masas articula dos modos psicológicos de control social: la fascinación y la seducción. Ambas son formas de influencia social que representan una tentativa de identificación y de fusión entre el líder, (eventualmente, la organización y los símbolos de los cuales es portavoz) y las masas. Hay una fuerte dosis de exaltación y de entusiasmo que se cristaliza en un ideal encarnado. Los sujetos renuncian a su autonomía y desplazan su juicio de realidad individual hacia una voluntad colectiva encarnada por el líder. La seducción juega un papel fundamental. La fórmula de B. Gracian muestra aquí toda su fuerza: seducir para bien reducir. Si la fascinación es una suerte de *amor a primera vista* (coup de foudre) enigmático cuya alquimia se nos escapa, la seducción en cambio se ejerce a través de múltiples formas, posee muchos matices y se refuerza constantemente.

El papel del liderazgo carismático populista

El liderazgo carismático (Dorna, 1998) sorprende por su energía y la claridad de su discurso, la capacidad contagiosa de crear un fuerte entusiasmo. Hay en el líder carismático un hombre que se construye así mismo (self made man). Es popular en su lenguaje, está arraigado en las tradiciones comunes y posee una innovación en la forma, que le otorga una irresistible voluntad de poder. Algunas veces se presenta bajo los hábitos de los profetas, y los atributos de César, pero se distingue de otros tipos de liderazgo por la plasticidad pragmática y la habilidad exuberante con la cual origina los tiempos de cambio. Su conducta recuerda la disposición de un hermano mayor que establece un diálogo igualitario, que atraviesa las diferencias de clase y de status. La comunicación es horizontal y cálida, viva y abierta, directa y simple. Ofrece la imagen de un hombre disponible, atento, que escucha sin cálculo ni distancia.

Algunos psicólogos (House, 1992; Barbuto, 1997) han logrado establecer, recientemente, los principales mecanismos (aplicables al populismo) que hacen del líder carismático un agente de cambio y de transformación. Entre estos elementos destacan los siguientes:

La inspiración: el líder motiva los miembros del grupo a superarse gracias a las calidades del conjunto.

La consideración: el líder actúa como un guía para aquellos que necesitan ayuda.

La gratificación: el líder recompensa las actitudes y los comportamientos de cambio de valores y de creencias.

La identificación: el líder representa, a la vez, la encarnación de un proyecto colectivo y la adhesión de las mayorías

Por cierto, los estudios de laboratorio no deben olvidar que toda interpretación del liderazgo permanece inconsistente, cuando la historia y el contexto cultural permanece desconocido. Las épocas, los lugares, las costumbres y los hábitos de vida y de pensamiento son elementos sin los cuales una teoría es incompleta.

El papel de las emociones

Las emociones han sido percibidas dentro de la tradición racionalista como obstáculos que perturban el curso normal de las conductas. Sin embargo, los fenómenos de liderazgo no pueden dejar de lado los aspectos afectivos. Desde sus inicios la psicología del liderazgo ha puesto en evidencia un juego sutil entre los aspectos racionales y emocionales del arte de gobernar. No hace mucho, las investigaciones de Goleman (1995) han puesto nuevamente el acento en este factor determinante. Una de las grandes fuentes de incompreensión del fenómeno carismático ha sido la de con-

fundir la lógica emocional con una representación irracional del mundo. Pero, la vuelta al estudio del discurso y de la retórica han contribuido a su clarificación en términos de estrategias persuasivas, pese a las dificultades técnicas de su evaluación.

La identidad y la acción colectiva

La identidad es una noción tradicionalmente psicológica. Hay una paradoja en el hecho que sean los sociólogos –y no los psicólogos sociales–, quienes hayan puesto de relieve las relaciones entre la identidad y los movimientos sociales. Una razón importante, que no viene al caso desarrollar aquí, es la consecuencia del uso y abuso del modelo individual utilizado por la psicología.

Dentro del enfoque de la sociología de los movimientos sociales propuesto por A. Touraine (1982, 1992) la identidad ocupa un lugar destacado como la base de la acción colectiva y de los juegos potencialmente conflictivos entre los actores y las instituciones.

Los principios de la identidad colectiva son los siguientes:

El principio de identidad disposicional: un movimiento social construye y reconstruye las identidades colectivas de base.

El principio de la identidad contradictoria: todo movimiento se construye a partir de un conflicto que le permite dar valor a su identidad y definir los grupos opuestos, amigos, adversarios y enemigos. La teoría clásica de Maquiavelo, y la más reciente del jurista alemán Carl Schmitt, son referencias obligadas. Al mismo tiempo es útil recordar los trabajos en la psicología social de los grupos pequeños sobre los fenómenos de endogrupo y de exogrupo.

El principio de la identidad global: los movimientos tienen proyectos destinados a redefinir el alcance de un cambio de global sociedad.

Otro aspecto psicológico se encuentra expresado a través de los análisis de A. Pessin (1992), cuando propone la utilidad de incorporar la dimensión simbólica y el análisis de los mitos fundadores de la conducta populista. Los mitos contribuyen a legitimar los orígenes del orden social y, al mismo tiempo, a poner en evidencia sus perversiones; a expresar la superación de los conflictos psicológicos, que provoca la evolución de las costumbres; a mantener los residuos (noción propuesta por Pareto), que forman el zócalo de la identidad del grupo: creencias, valores, normas; y a justificar una moral superior y un estado permanente del alma épica.

En definitiva, los mitos son miradas que interpretan un ideal que se presupone verdadero y una fuente de recuerdos capaces de revelar las razones de una acción estratégica de memoria. Los mitos proponen un marco de

referencia del pasado, que permite diagnosticar el presente y redefinir el futuro, exponer los valores de lo posible y lo deseable.

Con una gran pertinencia Girard (1972) escribe en *la Violence et le Sacré*: "El mito no es la expresión del equilibrio social, sino todo lo contrario, es decir la respuesta dinámica a las divisiones, a las violencias potenciales; la tentativa de sobrepasar a través de una lógica simbólica la negación práctica inscrita en la actividad social". De ahí que "toda manipulación del aparato simbólico sea por tanto decisiva en la renovación o la transformación de las relaciones sociales, lugar estratégico y táctico entre grupos rivales".

En consecuencia, el populismo y los líderes carismáticos recurren, no sin fundamento, a la actualización de los mitos para re-fundar el futuro. Hay ahí un nexo entre la política de contestación y los caminos eternos de las creencias religiosas.

A modo de conclusión: por un análisis renovado del neo-populismo actual

Los elementos citados pueden contribuir a una renovación de los estudios actuales del fenómeno neo-populista carismático-mediático, que surge simultáneamente en cualquier parte del mundo en el seno de dos fenómenos paralelos: la globalización de la economía mundial y las nuevas formas que adopta la crisis prolongada del capitalismo.

¿No es significativo el que las nuevas experiencias populistas encuentren un gran eco en los medios masivos de comunicación?. Un neopopulismo mediático es hoy plausible, pues los medios, especialmente la televisión e Internet, permiten multiplicar, varias las imágenes y darles a su discurso-acción una audiencia extraordinaria.

Cabe imaginar una revalidación de los límites y las consecuencias de las experiencias populistas: son raros los movimientos de masas capaces de plantear de una manera radical los problemas de la glaciación de la política y la inutilidad social de las castas en el poder.

El populismo y sus líderes carismáticos deben ser considerados como una espada de Damocles, suspendida sobre las cabezas de una ciudadanía consciente y de una democracia representativa ejemplar.

Nadie puede negar; cuando se reflexiona en función de la memoria y la emoción frente a la injusticia, que un acontecimiento populista puede contribuir a resolver una situación bloqueada. Lo que está en juego es la voluntad reducir, o no, la distancia entre los principios y la realidad.

Baudrillard (1987) diagnostica, con una suerte de lúcida crueldad, que el estado de la democracia representativa actual es el de la menopausia.

La crisis crónica de la modernidad implica responder a estas cuestiones. Si Habermas (1989) opina que la modernidad esta en una fase aún no terminada, los post-modernos (Giddens, Beck, Lyotard) proponen brillantes interpretaciones y diagnósticos, pero sin ofrecer alternativas al liberalismo. En cuanto a los republicanos (Nicolet, 1982), se encuentran aún en el *impasse* de su propia renovación.

¿Qué lugar puede ocupar un movimiento populista y un líder carismático en un momento dado? ¿Puede surgir un líder carismático, popular y republicano? ¿Hay antecedentes?

Léon Gambetta, (Baumont y Dorna, 2001) una figura carismática y popular, desaparecido a la edad de 44 años, quien instala los pilares de la Tercera República Francesa, justifica su acción en los términos siguientes: "lo que constituye la verdadera democracia no es reconocer a los iguales, sino hacerlos" (*Ce qui constitue la vraie démocratie ce n'est pas de reconnaître les égaux, mais d'en faire*).

Referencias

- Alberoni, F. (1984): *Movimiento e institución*. Madrid: Editora Nacional.
- Bass, B. (1990): *Handbook of leadership*. Nueva York: Free Press.
- Barbuto, J. (1997): Taking the charisma out of the transformational leadership. *Journal of social behavior and personality*. Vol. 12, n° 3, 447-499
- Baumont, S.-Dorna, A. (2001) *Les grandes figures du radicalisme*. Toulouse: Privat.
- Canovan, M. (1982): *Populism*. Londres: Junctions books.
- Doma, A. (1998): *Le leader charismatique*. París: DDB.
- Dorna, A. (1998): *Les fondements de la psychologie politique*. París: PUF.
- Dorna, A. (1999): *Le populisme*. París: PUF.
- Fukuyama, F. (1992): *The end of History and the last man*. Nueva York: The Free Press.
- Germani, G. (1968): *Política y sociedad en una época de transición*. B. Aires.
- Girard, R. (1972): *La Violence et le Sacré*. París: Grasset.
- Goleman, D. (1995): *Emotional intelligence*. Nueva York: Bantam book.
- House J.R. (1977): *A theory of charismatic leadership*. In Hunt y Larson: *Leadership, the cutting edge*. Illinois South Illinois U. Press.
- Julliard, J. (1997): *La faute aux élites*. París: Gallimard.
- Habermas, J. (1989): *Modernidad un proyecto incompleto. En el debate modernidad y posmodernidad*. Buenos Aires: Punto Sur.
- Melucci, A. (1999): *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: Colegio de México.

- Nicolet,C.(1982): *L'idée républicaine en France*. París: PUF.
- Pessin,A.(1992): *Le Mythe du peuple et la Société française du XXe siècle*. París: PUF.
- Sabucedo,J.M. et al. (1996): La acción política en el contexto supranacional y los marcos de acción colectiva. *Psicología Social Aplicada*. vol.,6 , n°5, 103-130.
- Taguieff, P.A.(1988): *La force du prejuge*. París: La decouverte.
- Tilly,C.(1978): *From mobilization to revolution*. Mass: Addison-Wesley.
- Touraine,A.(1982): *Mouvements sociaux d'aujourd'hui*. París: Ed. ouvrières.
- Touraine,A.(1992): *Critique de la modernité*. París: Fayard.
- Touraine,A.(1997): *Le brun, le rouge et le français*. París: XXè siècle.

Alexandre Dorna es Catedrático de Psicología Social en La Universidad de Caen. Presidente de la Asociación francesa de psicología política (AFPP). Responsable del seminario de investigación de "Psicología política contemporánea" (MRSH-Caen). Sus áreas de investigación y docencia son la psicología política, persuasión y discurso político, carisma y populismo, cambio organizacional. Entre sus recientes libros destacan *Les grandes figures du radicalisme*, 2001. *Le Populisme*, 1999. Département de Psychologie. Université de Caen. Esplanade de la paix. 14032 Caen. Cedex.